REVISTA "EL ALBÉITAR" (1853-1854): UNA VISIÓN ALTERNATIVA Y NECESARIA PARA LA COMPRENSIÓN DE LA VETERINARIA*

José Manuel Gutiérrez García**

* Esta investigación forma parte del proyecto HAR2009-13389-C03-01 financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación
** Doctor en Veterinaria. Miembro del Centre d'Història de la Ciència (CEHIC) y de la Associació Catalana d'Història de la Veterinària (ACHV). Profesor Asociado de Historia de la Ciencia. Facultad de Medicina. Universitat Autònoma de Barcelona. 08193 Bellaterra (Barcelona). JoseManuel.Gutierrez@uab.cat

Resumen

Esta comunicación pretende sacar del olvido la revista "El Albéitar". Fue una publicación efímera, de la que sólo hemos recuperado números del bienio 1853-1854 y de la que desconocemos más datos bibliográficos.

Su análisis nos ayudará a desentrañar importantes claves sobre los discursos y las prácticas que permitieron excluir a los albéitares de la veterinaria más ortodoxa. Una visión necesaria que, desde una posición subordinada, nos de pistas de cómo se fraguó ese proceso de exclusión, así como de sus resistencias al mismo.

Palabras clave: Veterinaria; Siglo XIX; España

Abstract

This paper tries to preserve from the oblivion the journal "El Albéitar". It was an ephemeral publication, of which we have only recovered numbers of the period 1853-1854, and of which we do not know any more bibliographical information.

Its analysis will help us to uncover important keys on the speeches and practices that allowed to exclude the "albéitares" from the most orthodox veterinary medicine. A necessary vision that, from a subordinated position, would allow us to track how this process of exclusion was conceived, as well as of the resistances to it.

Key Words: Veterinary medicine; 19th Century; Spain

El estudio de la veterinaria decimonónica ha puesto de manifiesto, en numerosas ocasiones, la difícil convivencia existente entre los dos recursos oficiales disponibles para hacer frente a la enfermedad en los animales. Por un lado, el albéitar, un tipo de experto que, desde el siglo XVI, se había ido configurando como el único representante legalmente autorizado para el ejercicio y control de la medicina animal. Por otro, el veterinario, un nuevo titulado con una formación a priori superior al albéitar y que, paulatinamente, se fue conformando como la opción hegemónica en el campo de la medicina animal oficial.

Es sobre todo a mediados del siglo XIX cuando, a través de un proceso delicado y complejo, los albéitares comenzaron a ser desplazados hacia posiciones inferiores dentro del pluralismo veterinario legítimo en ese momento. Resulta fácil relacionar esta circunstancia con los procesos de profesionalización que se estaban llevando a cabo en algunas disciplinas científicas durante esa centuria.

Desde una perspectiva historiográfica, la idea de progreso y el discurso autolegitimador que destilaban muchas fuentes de esa época, han tenido una influencia directa en la práctica del historia-

dor. De este modo, la mayoría de análisis han estado condicionados por una actitud valorativa que situaba a los estrictamente titulados como veterinarios en una posición jerárquica superior. En consecuencia, ese nuevo colectivo, numéricamente creciente y con una pujanza social ascendente, se convirtió en el único objeto de estudio y en el exclusivo marco de referencia válido para la investigación.

Además, este tipo de planteamiento histórico ha contribuido a justificar un modelo concreto de desarrollo disciplinar, generando relatos que culminan, de forma previsible, con el perfil y las características de la veterinaria actual.

Pero esa ecuación entre desplazamiento de poder e interés historiográfico no ha sido propia ni específica de la veterinaria española. Un estudio que se acaba de publicar sobre la práctica de la medicina animal en las Islas Británicas durante el siglo XIX, ha puesto de manifiesto que también allí la adopción de perspectivas teleológicas por parte de los historiadores ha favorecido la desconsideración de cualquier visión alternativa del progreso de la veterinaria que no cuente con paralelismos en el momento actual[1].

En España, esa misma tendencia ha producido, de forma colateral, una actitud de indiferencia, e incluso menosprecio, hacia todo lo relacionado con la albeitería durante ese siglo. Esta connotación negativa puede proceder, en primer lugar, del trabajo de Cesáreo Sanz Egaña, *Historia de la Veterinaria Española*, obra publicada en 1941 y, lamentablemente, aún no superada. No en vano, los puntos de vista defendidos por su autor constituyen todavía el dogma y el punto de partida de muchas valoraciones actuales.

Egaña consideraba a la albeitería del siglo XIX como una organización caduca, inútil y perjudicial, además de un obstáculo material para la mejora social y económica de la veterinaria. En su opinión, el fin definitivo de la primera era vital para que la veterinaria pudiera desarrollarse. En consecuencia, ésta debía destruir a su predecesora, "no con el fin de heredar, sino con el propósito de enterrarla, ya que a última hora no tenía ni decoro ni prestigio, y a falta de esos dones nadie quiere recoger legados" [2].

El deseo de los veterinarios por distinguirse como estamento separado y jerárquicamente superior se ha justificado, tanto por éstos como posteriormente desde la historiografía tradicional, en base a la diferencia que existía entre la educación reglada que se impartía en la escuela de veterinaria frente al aprendizaje fundamentalmente práctico de los albéitares (una supuesta diferencia que, a mediados del siglo XIX, se podría y debería cuestionar). Más bien, desde planteamientos historiográficos más modernos, cabría especular que los ataques a la albeitería formaban parte del interés de los veterinarios por profesionalizarse y por asegurarse una posición dominante en el campo oficial de la medicina animal.

Una evolución hacia un modelo veterinario hegemónico que, tal y como se ha puesto de manifiesto recientemente, pondría un énfasis especial en la adquisición de una nueva identidad científico-profesional[3] y que, consecuentemente, también incluiría el aislamiento de cualquier práctica que amenazara sus intenciones monopolistas en el mercado de la salud animal.

---

1 Woods, Abigail; Matthews, Stephen. "Little, if at all, Removed from the Illiterate Farrier or Cow-leech": The English Veterinary Surgeon, *c*.1860-1885, and the Campaign for Veterinary Reform. Medical History. 2010; 54: 29-54.

2 Sanz Egaña, Cesáreo. Historia de la veterinaria española. Madrid: Espasa-calpe; 1941. (p. 287).

3 El proyecto de profesionalización de la veterinaria española se extendió durante varias décadas e incluyó la puesta en marcha de numerosos mecanismos para que la disciplina y sus profesionales tuvieran una apariencia más científica. Por ello, desde la prensa veterinaria no sólo se insistió sobre los usos de la ciencia en sus aplicaciones diagnósticas y terapéuticas, sino que también se puso énfasis en aquellos aspectos que contribuyeran a mejorar la consideración social de los veterinarios y su identificación como profesionales científicos. Existe una abundante literatura dando recomendaciones sobre cómo debían vestir los veterinarios, con quien debían alternar, que tipo de conversaciones debían mantener y con quien, en qué foros debían participar… Más información en: Gutiérrez García, José Manuel. Laboratory medicine and the identity change of veterinary medicine in Spain at the turn of the twentieth century. Dynamis. 2010; 30: 239-260.

En consecuencia, ha llegado la hora de reconsiderar la tradicional óptica positivista y plantear estudios históricos que mantengan una posición equidistante entre albéitares y veterinarios. En este sentido, no hay que perder de vista que la competencia entre las dos prácticas médicas tuvo lugar en un momento en que los primeros estaban bien consolidados, tanto desde una perspectiva histórica como social. Sin embargo, muy distinto era el caso de los veterinarios, escasos en número y vinculados en su mayoría a la esfera militar. En este contexto social, resulta fácil presumir que éstos se tuvieran que emplear a fondo para adquirir una posición dominante, por ser, en gran medida, desconocidos y ajenos al público en general[4].

En cualquier caso, si quisiéramos profundizar más en el estudio de la medicina animal decimonónica, no sería suficiente con la inclusión de la figura del albéitar. Una investigación más integral pasaría por colocar en un primer plano todos los recursos que formaban parte del pluralismo veterinario, tanto los considerados oficiales, como los que se situaban bajo las coordenadas culturales, religiosa y popular[5].

Si nos ceñimos a la esfera estrictamente oficial (una perspectiva en sí misma reduccionista) es preciso, como se ha subrayado antes, abandonar las miradas presentistas, adoptando un enfoque historiográfico que se aproxime de forma empática hacia un grupo de hombres cada vez menos poderoso, con un campo de acción cada día más mermado, que contaba con pocas personalidades representativas y poco definido en lo individual.

Una de las mayores dificultades que, a priori, suele presentar este tipo de análisis es el de las fuentes primarias. De hecho, la diferencia que se estableció en la relación veterinario-albéitar, conceptuada en términos de superioridad e inferioridad, se trasladó sin disimulo al periodismo profesional.

Ello ha quedado bien reflejado en el *Boletín de Veterinaria* (1845-1859), la primera revista editada dirigida al colectivo con competencias en el campo de la medicina animal. Su dirección corrió a cargo de Nicolás Casas de Mendoza y Guillermo Sampedro Canela, ambos veterinarios y catedráticos en la Escuela de Veterinaria de Madrid (única existente cuando la revista salió a la luz). Esta publicación, utilizada como instrumento para informar sobre avances científicos y lograr mejoras profesionales, recogió numerosas opiniones sobre las disputas entre albéitares y veterinarios. Si bien en esas polémicas participaron algunos de los primeros (cuyas suscripciones eran necesarias para la propia viabilidad del boletín), la revista se escoró ideológicamente en favor de los segundos. Un trato desigual rubricado sin disimulo por sus codirectores, quienes conceptuaron a la mayoría de albéitares como indolentes, sordos a las nuevas ideas y con una total indiferencia hacia cuanto "su ilustración conducirles pueda"[6]. Los albéitares, con una participación en la controversia muy inferior, denunciaron el acoso continuo al que eran sometidos por parte de los veterinarios[7].

Pese a entrar en el terreno de las hipótesis, resulta fácil suponer que este medio de expresión se utilizara también para legitimar y consolidar un determinado perfil de veterinarios y para crear

4 Esta afirmación se basa en el escaso número de veterinarios que se titularon en la primera mitad del siglo XIX en la única escuela existente en Madrid y en la tendencia de éstos por ocupar cargos en el ejército. Ello favoreció que el nuevo perfil profesional permaneciese en gran medida "oculto" a la sociedad civil, la cual disponía, dentro de la esfera oficial, con la figura del albéitar en caso de necesitar ayuda experta para hacer frente a la enfermedad animal.

5 A modo de ejemplo, véase: Zarzoso, Alfons. Medicina para animales en la Cataluña del siglo XVIII: una práctica médica plural. Asclepio. 2007; 49: 101-130.

6 Benito Hernández, Milagros. Del amanecer de las Escuelas de Veterinaria en España. Aportaciones al estudio de la Historia de la Veterinaria. Moncada (Valencia): Servicio de Publicaciones de la Universidad Cardenal Herrera-CEU; 2003. (p. 112-118).

7 Las opiniones de los albéitares quedaron reflejadas en una veintena de artículos concentrados, principalmente, en el tomo IX del boletín. *Ibidem*. Quizás los pocos albéitares que ambos codirectores excluían de esa generalización fueran precisamente aquellos que estaban suscritos al boletín y que, por tanto, contribuían a su viabilidad económica y supervivencia.

conciencia de clase entre los así titulados. Tampoco se puede descartar que la revista, con el fin de favorecer ese desplazamiento de poder, censurara, o incluso silenciara, a un colectivo al que trataba de excluir y al que, desde un discurso hegemónico-ideológico, se comenzaba a considerar como no científico (es muy significativa la expresión de sus codirectores: "sordos a las nuevas ideas").

No obstante, las competencias en medicina animal se distribuían, legítimamente, entre un elenco de practicantes más numeroso y heterogéneo de lo que algunos parecían desear. Probablemente, el contexto descrito precipitara que los albéitares se organizaran para crear su propio órgano de expresión, bautizado como *El Albéitar*. Esta publicación representa la primera y única revista profesional[8] de un colectivo con siglos de trayectoria profesional empujado, a mediados del siglo XIX, hacia el centro de un debate que cuestionaba, no sólo su modelo asistencial, sino incluso su propia existencia.

Estamos pues ante una joya de nuestro pasado profesional, surgida como asociación científica (aprovecho para restituirle un calificativo que le fue robado en su tiempo y luego también por la historiografía tradicional) y de la necesidad de defender unos intereses concretos. Fue una publicación efímera, de la que sólo hemos recuperado números del bienio 1853-1854 y de la que desconocemos más datos bibliográficos. De hecho, la podemos considerar como una publicación "fantasma", puesto que nadie le ha prestado atención, no aparece en los repertorios veterinarios, ni en los catálogos de bibliotecas y hemerotecas, con la única excepción del *Arxiu Municipal de Barcelona*, ciudad en la que se editó.

Esta revista nos ayudará a desentrañar importantes claves sobre los discursos y las prácticas que permitieron excluir a los albéitares de la veterinaria más ortodoxa. Una visión necesaria que, desde una posición subordinada, nos de pistas de cómo se fraguó ese proceso de exclusión, así como de las resistencias que se opusieron al mismo. Un tipo de acercamiento historiográfico que no pretende ser definitivo, sino que se trataría de un inicio más que de un final.

8 Esta afirmación se basa en el estado de los estudios actuales, aunque se ha de tomar con cautela, ya que futuras investigaciones pueden propiciar la localización de fuentes hasta el momento desconocidas.